



VIAJE A ITALIA CON CICERÓN

por José Santos Fernández

Un viaje a Italia es, ciertamente, un buen premio para un profesor de latín. Aún mejor para un alumno de latín. Y si el motivo del premio es un certamen de traducción de textos de Cicerón, entonces la satisfacción es máxima para ambos. Con esta sensación emprendimos, Álvaro y yo, nuestro viaje. Álvaro había ganado la fase regional del Certamen Ciceronianum celebrada en Valladolid, en la que competían alumnos de 2º de Bachiller del distrito universitario.

El viaje tuvo dos partes claramente diferenciadas:

La primera consistió en una estancia de dos días y medio (días 8, 9 y la mitad del 10 de mayo) en Roma para visitar la ciudad. Esto es lo que propiamente podría considerarse "premio" pues no tenía otra finalidad que la recreativa o turística.

La segunda parte de nuestro viaje tenía como eje central la participación en la fase final de la XXVII edi-

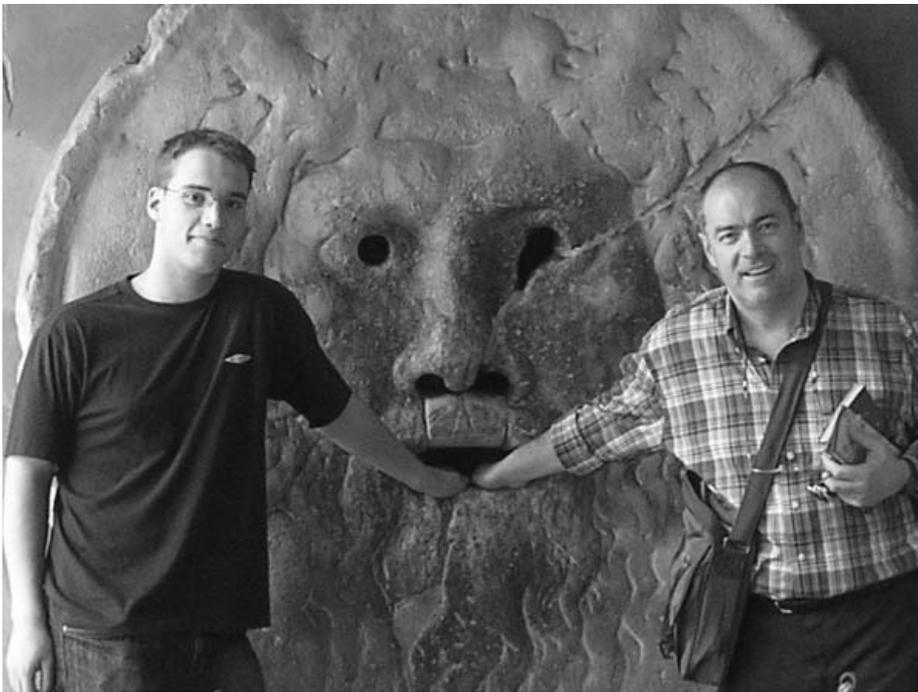
ción del Certamen Ciceronianum, que organiza el municipio de Arpino, villa natal de Cicerón. Este Certamen es un concurso de traducción y comentario de textos de Cicerón entre alumnos del último curso de bachillerato de cualquier país. Era ésta, pues, la parte de trabajo, sobre todo para los alumnos, pues la tarea de los profesores-entrenadores, a esas alturas, era ya sólo de acompañamiento y

apoyo.

Salimos de Aranda a las 3 horas de la madrugada del 8 de mayo. Nos llevaron al aeropuerto de Barajas los padres de Álvaro, a los que tengo que agradecer que con este madrugón nos evitaran tener que hacer escala en Madrid a la ida y también que nos recogieran en Barajas a la vuelta. Teníamos que facturar el equipaje a las 5 para salir a las 7.



José Santos Fernández, profesor del Departamento de Latín.



En el aeropuerto nos juntamos con los otros componentes de la expedición de Castilla y León: dos chicos de Palencia y una chica, ganadora en el distrito universitario de Salamanca, (con sus respectivos profesores). Con ellos hicimos todo el viaje, en alegre camaradería.

Despegó el avión hacia las ocho, con una hora de retraso, pues cuando estábamos ya enfilando la pista de despegue, del avión que venía detrás avisaron al comandante que teníamos pegado a una rueda un plástico (rosa para más señas). Tuvimos que volver a los boxes para que los técnicos ruedas cumplieran su cometido y ésa fue la causa del retraso.

La temperatura en Roma era casi veraniega, cosa que nos sorprendió porque de la información meteorológica no se deducía tanto.

Nos recogieron en una furgoneta de la agencia y nos llevaron al hotel, mejor dicho a las proximidades del hotel, pues los últimos 100 metros tuvimos que hacerlos a pie porque había huelga de taxis y manifestación precisamente por la calle de nuestro hotel. El hotel era estupendo y la calle bastante céntrica, cerca de la estación Termini. Nos alojaron en habitaciones triples y una doble.

Y ya, después de instalarnos y refrescarnos, nos lanzamos, como

buenos turistas, al circuito: San Juan de Letrán, termas de Caracalla, circo Máximo, la boca de la Verità, donde algunos (sus razones tendrían) rehusaron meter la mano..., los templos más antiguos: Hércules y Portuno, el teatro Marcelo. Subimos por la rampa escalonada de Miguel Ángel hasta la plaza del Campidoglio, en cuyo centro hay una copia de la estatua ecuestre de Marco Aurelio, copia que quedó como una sombra cuando vimos la estatua original en los museos Capitolinos que están en esa misma plaza. Quizás fue lo que más nos gustó de ellos: está instalada en un espacio nuevo con luz natural, junto con la loba Capitolina y un Hércules imponente de bronce. También impresionan los restos de la estatua colosal de Constantino, en uno de los patios. Por lo demás, una infinita sucesión de estatuas, bustos, inscripciones, tapices, cuadros...

Bajando hacia el Foro entramos en la cárcel Mamertina. Es uno de los sitios en Roma donde se siente particularmente el escalofrío de la historia. Allí murieron ejecutados personajes que hemos conocido en las clases o en las lecturas: Yugurta, los cómplices de Catilina, Vercingétorix, el caudillo galo; allí estuvieron presos san Pedro y san Pablo...

Sentimientos parecidos experimen-

tamos al recorrer el foro: los arcos, los templos... Al visitar la curia (lugar de reunión del senado) y los *rostra* (tribuna para los discursos al pueblo) no podemos evitar imaginar a Cicerón pronunciando en esos mismos lugares los discursos que hemos traducido.

Finalizado el recorrido por el foro, cansados, nos fuimos al hotel y, después de asearnos y descansar un poco, cenamos en una trattoria cercana y después nos retiramos. Álvaro se queja de un fuerte dolor de cabeza.

Segunda jornada: madrugamos para llegar con tiempo a los museos vaticanos. Aún así nos toca una cola de unos veinte minutos. Una vez dentro, los diferentes ritmos y preferencias nos separan y nos reúnen en diferentes salas y momentos. Álvaro y yo nos entretenemos bastante con las inscripciones: las antiguas, como la de Escipión Barbado, que se estudia en los





libros de historia de la lengua latina y en la que además de reseñar sus conquistas se hace una referencia a su forma es decir a su belleza, a su apostura, en un rasgo que más parecería griego; y las modernas, es decir, del Renacimiento para acá, que abundan en cuadros, tapices, lápidas...

Admiramos también, por supuesto, las famosas obras escultóricas: el Laocoonte, el Perseo...; los bustos de emperadores y otros personajes, las salas etruscas con sus enterramientos; las estancias de Rafael y, rematando todo, la capilla Sixtina.

No pasamos por alto la belleza magnífica de las instalaciones: los patios, las galerías, los ventanales, la disposición de las piezas...

Todo esto lo vivió Álvaro con el persistente dolor de cabeza, que finalmente nos obligó a abandonar la visita y por la tarde, previa conversación con sus angustiados padres, acudir al servicio de urgencias.

Fue nuestro particular *descensus ad inferos*. Estuvimos desde las 6 de la tarde hasta las 10 de la noche, pues calificaron la urgencia como leve. Y sí, en comparación con los ayes lastimeros que salían de algunas camillas por donde pasamos, lo nuestro (lo suyo) era leve. Bromeábamos recordando la solución que Hefesto, el dios artesano, dio a una divina jaqueca de

Zeus: abrirle la cabeza con el hacha bifaz (de allí salió la diosa Atenea, adulta y vestida con todas sus armas). Afortunadamente la medicina italiana sólo cuenta con medios humanos. Nos atendió una doctora joven que había hecho el Erasmus en Murcia, así que no tuvimos problema de idioma; cuando le dijimos que estábamos en Italia para un concurso de traducción de Cicerón, lo tuvo claro: "Es el latín, que se le ha metido en la cabeza". Allí mismo le hicieron un escáner, le pusieron una inyección y le dejaron como nuevo. Todo sin más requisito que el carné de identidad. Salimos encantados.

Tercera jornada. Álvaro ya está recuperado y tenemos que aprovechar la mañana que nos queda en Roma para ver lo esencial de lo mucho que nos falta por ver. Es un día magnífico y elegimos ir en metro hasta las proximidades de la fontana de Trevi y desde allí seguir a pie. Después del recorrido por varias calles, impacta ver esa explosión artística de la naturaleza en medio del tejido urbano convencional: el agua, las rocas, el dios Neptuno, los tritones, todo iluminado por un sol espléndido... No se equivocan los turistas que llenan continuamente esa plaza. (La verdad es que hay muchos turistas por todas partes; se nota poco que estemos en temporada baja.)

Continuamos callejeando hasta el Panteón, otro hito de nuestro viaje que no nos decepciona ni a Álvaro, que lo visitaba por primera vez, ni a mí, que ya lo conocía. Según leemos en la guía, éste fue el primer caso de templo pagano convertido en iglesia, en el siglo VII, y eso lo salvó de la ruina que sufrieron otros muchos, aunque no del saqueo de elementos ornamentales como el bronce que usó Bernini para el baldaquino de la basílica de San Pedro.

A esta basílica nos dirigimos a con-



tinuación en un largo paseo. Después de pasar el control de policía (novedad en este viaje), entramos. Quedamos admirados (y abrumados) por las dimensiones, las calidades, las cantidades. No pudimos estar mucho tiempo pues teníamos que coger el tren para Frosinone. (Frosinone es la capital de la provincia donde se encuentra Arpino).

Desde ahora nuestro viaje se aparta de los circuitos usuales de turistas. Ya el hecho de viajar en tren marca una diferencia. Otros paisajes (la campiña latina, donde vemos lo que parecen restos de antiguos acueductos, los pueblos, las iglesias; más tarde, la zona montañosa de los antiguos volscos de la que forma parte Arpino), otra gente... En el tren tomamos contacto con otros jóvenes latinistas que se dirigen, como nosotros, a Arpino. Nos entendemos en italiano, inglés e incluso, en algún caso, recurrimos al latín.

Para el viajero que llega por tren el aspecto que ofrece Frosinone es un tanto destartado, como de zona industrial que conoció tiempos mejores. Claro que ya caía la tarde y en la misma estación montamos en unos autobuses que sin demora nos llevaron a Fiuggi a unos 30 km.



Pero esa distancia, por razones que entonces no comprendíamos, no nos acercaba a Arpino sino todo lo contrario. Parece ser que el *comune* (el municipio) de Arpino, en parte porque no tiene infraestructura para albergar a las 774 personas (573 alumnos y 201 profesores, a los que habría que añadir invitados y otro personal) y en parte para implicar a la comarca en el evento, las reparte entre las poblaciones con mejores instalaciones. Fiuggi, que es una estación termal, reúne las mejores condiciones. Así que todos los días debíamos recorrer unos 60 km para llegar a Arpino para las actividades y por la noche otros tantos de vuelta

para cenar y dormir.

En el autobús conocimos a los otros españoles participantes: tres chicas (una de Castellón, ganadora nacional, otra de Barcelona y otra de Collado Villalba) con sus profesores. La integración del grupo fue instantánea tanto entre los alumnos como entre los profesores. Mariló, la profesora de Castellón, había estado el año anterior y su experiencia nos fue muy útil a los demás, que éramos novatos.

Nos instalamos en el hotel, cenamos y, después de tomar un café en una de las terrazas de la plaza, nos recogimos pronto para estar frescos el día siguiente. Parece que alguno de los chicos aún se quedó repasando hasta tarde.

Llegó el gran día. Madrugamos, pues, como he dicho, estamos a 60 km de Arpino, 60 km que en gran parte transcurren por un paisaje muy accidentado. Estamos en las estribaciones del Apennino Abruzzense. En el desayuno la mantequilla (*burro*) que servían se llamaba Virgilio, tal vez en homenaje al gran poeta latino, así que el envoltorio rezaba: *VIRGILIO BURRO ITALIANO*. Pueden imaginarse el jolgorio de los latinistas.

Llegados a Arpino, los chicos se fueron a hacer el examen y ya no volvimos a verles hasta por la tarde. Los profes nos sentamos en una terraza en la plaza mayor, a la



vista del Liceo Tuliano donde se celebraba la prueba y en cuya fachada están los bustos de los personajes que nacieron en el pueblo: Cicerón en el centro y a los lados Mario, general y político, siete veces cónsul, y Agripa, mano derecha de Augusto (cuyo nombre se lee en el friso del Panteón en Roma). Oriundos de este pueblo son también el pintor Giuseppe Cesari, del siglo XVII, conocido precisamente como el Caballero de Arpino, y en nuestros días Ennio Morricone, compositor de música de películas, Óscar honorífico en 2006. Mucha gente importante para un pueblo tan pequeño: en la actualidad no llega a 8.000 habitantes.

Dimos un paseo por el pueblo y asistimos a un acto académico sobre una poetisa sueca y a la inauguración de una placa con un poema de otro poeta húngaro, con profusión de discursos de autoridades y profesores. Nos llamó la atención la calidad de presentación de los discursos. Parece que se esfuerzan en no desmerecer de su paisano Cicerón, "príncipe de los oradores romanos". "Debe ser que lo da el agua de la zona" decía un colega.

En la comida, solos los profesores,



nuestros colegas italianos, alemanes, croatas nos dejaron melancólicos con sus bachilleratos de 5, 6 y hasta 8 cursos y otros tantos, más o menos, de latín. Nuestros raquíuticos dos cursos eran mirados con cierta conmisericordia.

De vuelta a Arpino nos reunimos con los chicos en la acrópolis de murallas cuasiciclópeas, otra gran sorpresa de Arpino. (Este pueblo tiene de todo). Nos contaron el examen y sus impresiones: todos estaban contentos de lo que habían hecho, pero mantenían una prudente reserva sobre los resultados, pues, lo mismo que nosotros, habían tenido ocasión de conversar

con sus compañeros de otros países y sabían cómo se las gastan allí en estudios latinos.

Pasamos la tarde en aquel paraje idílico charlando, tumbados o sentados en la hierba, dentro del recinto amurallado que en algunas partes se abría a un excelente panorama de los montes y valles y de la propia villa de Arpino.

Por la noche, después de cenar, hubo sesión de baile en la discoteca de un hotel cercano, llamada precisamente "Carpe diem". Terminado el trabajo, los chicos quisieron "apurar el día" con un poco de relax. A la una todos en casa.

Para el día siguiente, mientras el equipo calificador evaluaba la ingente cantidad de exámenes, la organización tenía prevista una jornada de turismo por la región: así por la mañana visitamos un paraje junto al río Liri que anuncian como "los restos de la casa natal de Cicerón", que consisten en una placa en el muro de la abadía románica de santo Domingo Abad, edificada al parecer sobre las ruinas de aquella. La iglesia es interesante, pero hay que hacer un gran esfuerzo para relacionar aquello con Cicerón... No importa: los aficionados a las cosas antiguas estamos muy acostumbrados a esos esfuerzos.

Hicimos también otra corta visita a





la abadía cisterciense de Casamari. Si la de santo Domingo tenía relación con Cicerón, ésta lleva en su nombre el recuerdo de Mario, pues había allí un municipio con ese nombre en época romana. Se ha conservado muy bien a pesar de los avatares históricos, entre ellos el saqueo por los soldados de Napoleón.

Estas abadías están a pocos kilómetros de Arpino, adonde fuimos a continuación.

La visita oficial a Arpino fue un tanto decepcionante tanto por la elección de los lugares como por la precariedad de las explicaciones. En la patria de Cicerón no parece lógico pretender que un grupo de latinistas se entusiasme en un museo de tecnología textil o de lutería (confección de instrumentos de cuerda), muy meritorios por cierto. Vimos de pasada algunas pinturas del citado Caballero de Arpino en la iglesia y en la plaza un trozo del pavimento romano, que sería la pasarela por la que al día siguiente los ganadores del concurso accederían a recoger su premio.

Por la tarde, después de comer en un restaurante del contorno la inevitable (y sabrosa) pasta, nos llevaron a la abadía de Montecassino, famosa por varias razones: por su antigüedad pues fue fundada en el siglo VI por san Benito, principal

impulsor del monaquismo en Occidente, que está enterrado allí así como su hermana santa Escolástica; por ser el lugar de formación de santo Tomás de Aquino, máximo representante de la filosofía escolástica (con minúscula) que aplicó el sistema de Aristóteles a la doctrina cristiana; por la riqueza de sus fondos documentales y por haber sido destruida por la artillería aliada en la 2ª guerra mundial, en la creencia de que había sido convertida en fortín por los alemanes.

Este siniestro es el último de una serie, pues ya antes había sido des-

truida por los lombardos (577), por los sarracenos (883), por un terremoto (1349) y saqueada (1799) por los soldados de Napoleón. (¿Os suena)

Al ver el lugar se comprende el temor de los aliados, pues se trata de una montaña elevada casi en vertical sobre la ciudad de Cassino, que se ve desde lo alto como una maqueta, y sobre el contorno.

A unos dos kilómetros de la abadía hay un cementerio de soldados polacos muertos en aquella batalla. Los polacos de nuestra expedición se bajaron fervorosos a rendir homenaje a sus muertos.

La abadía fue reconstruida por el Gobierno italiano y hay que decir que impresiona más el sitio y sus resonancias históricas que el edificio en sí. Ciertamente es que no tuvimos ocasión de visitar el interior pues llegamos justo para el acto programado. Tuvimos que contentarnos con la visión desde lo alto y con una fugaz escapada a la iglesia.

El acto se desarrolló en un graderío al aire libre (y al sol de mayo italiano) y consistía en discursos del abad (en un buen latín) y del director del Liceo Tuliano, que saludaron a los asistentes y ensalzaron la obra de Cicerón y del latín en gene-



ral en la formación de Europa. A continuación hubo un pequeño concierto a cargo de un coro de cámara.

De vuelta a Arpino, nos dieron un picnic que incluía, además de los consabidos sandwiches, un plato típico a base de alubias (*fagioli*), sabrosas aunque un poco secas para comer de pie. Hubo después un festival en el que actuaron grupos folclóricos de Hungría y de la Ciociara, que es la comarca de Arpino. No estuvimos demasiado tiempo, pues debíamos recorrer los 60 km de vuelta al hotel y hacer las maletas.

Al día siguiente, al alba, dejábamos definitivamente el hotel. Había en el ambiente, además de sueño, cierta pena y, cómo no, la curiosidad por los resultados del concurso.

En la plaza de Arpino comenzaron los discursos: el alcalde, el director, el obispo, autoridades provinciales, regionales etc. Todos, como ya hemos comentado, muy bien "dichos", todos defendiendo el latín como fuente de cultura y lazo de unión europeo, pero un tanto excesivos para los que, protegiéndonos del sol como podíamos, esperábamos sobre todo los nombres de los ganadores.

Cuando hasta el último de los componentes de la mesa presidencial hubo desfilado por el micrófono



para desgranar su discurso, llegó el gran momento. Empezaron por los últimos premios, cinco menciones: dos alemanes, un italiano, un húngaro, un belga. Y siguieron con los diez premios. Cuando quedaban sólo siete u ocho, decía, socarrón, el palentino Unai: "Vamos bien, no nos hemos gastado en los premios pequeños." Por desgracia seguimos "yendo bien" hasta el final, hasta que ya no quedaron premios.

Los diez ganadores fueron italianos, excepto el segundo y el sexto, que eran alemanes.

Y ya, de golpe, cambió nuestro punto de atención y se centró en el viaje de vuelta, que estaba calculado al minuto, como una carrera de relevos, sin margen de error: era la una y a las tres teníamos que fac-

turar el equipaje para coger el avión de las cinco en Roma, a más de 100 km. Afortunadamente todo se desarrolló sin sobresaltos, como una máquina bien engrasada: Arpino-Roma, en autobús; Roma-aeropuerto, en el microbús de la agencia; avión Roma-Madrid; y en Madrid, ya sólo para los de Aranda, nos esperaban puntuales los padres de Álvaro.

Hacia las nueve estábamos en casa, con tiempo para descansar e incorporarnos, más o menos frescos, a las ocho y cuarto del día siguiente a nuestra rutina escolar, con la mente ocupada en el recuerdo de esos días tan gratos pasados en Italia.

Soluciones a los comecocos:

1- Hombres (Vasos): 1° (1), 2° (2), 3° (3), 4° (4), 5°(5) y 6° (6) //

2- A XIX quitamos I, queda XX // 3- $9 \times 9 + 9 + 9 + 9/9 = 100$ //

4- $11 + 1 + 1 + 1 + 1 = 15$ //

5- Bizcocho: 2 harina + 1 azúcar; Chocolate: 2 har. + 2 azu. Hizo 5 tartas en total, pero sobran dos tazas de azúcar que las habrá echado a dos tartas de chocolate, luego hizo tres bizcochos y dos tartas de chocolate.



A las nueve en punto salimos de los jardines de Don Diego, menos dormidos que habitualmente y con ganas de empezar nuestro viaje.

En el autobús nos portamos muy "bien" y fuimos muy amables con los profesores y con el conductor.

Después del largo viaje llegamos a nuestro destino: el aula arqueológica del Burgo de Osma. Allí vimos un museo sobre los Celtíberos que habitaban la región y Osma en aquella época y sobre la vida cotidiana de la civilización romana. También tuvimos la oportunidad de vestirnos con ropas de la época romana y celtíbera, de ver un vídeo acerca de esto mismo, de hacer monedas de plomo con un martillo y un molde y de mirar en ordenadores las rutas celtíberas más representativas.

Poco después, al terminar de ver el museo, almorzamos en el Burgo y a continuación nos subimos otra vez en el autobús para visitar el yacimiento de Numancia.



Lucía Velasco y María Sancho, alumnas de 4º A de E. S. O.

Cuando llegamos pudimos ver la estructura de las calles de la ciudad (muy bien hecha porque con el entramado de calles lograban que el viento del norte no penetrase en la ciudad) y de la ubicación de los siete campamentos donde se alojaba el ejército de Escipión para cercar Numancia. Éstos estaban marcados por postes blancos que desde el cerro en el que nos encontramos podíamos ver extendidos los alrededores de Numancia.

También fuimos al lugar de ubicación de uno de los campamentos, el Alto Real, y nos hicimos una foto de grupo.

Más tarde fuimos a Soria. Sobre las 14:30 comimos en la Alameda y después dispusimos de tiempo libre para ir donde quisiéramos.

A las 16:00 teníamos que estar a las puertas del museo Numantino, donde tuvimos que hacer un pequeño trabajo de localización de ciertas piezas, aunque alguna de ellas no se encontraba expuesta en ese momento. Cuando salimos del museo tuvimos tiempo libre hasta



las 18:30. Luego nos volvimos a Aranda.

El viaje de vuelta fue muy divertido. Cuando llegamos a Aranda hacía mucho frío y cada uno se marchó a su casa luciendo una gran sonrisa. Fue un viaje genial y los alumnos de Cultura Clásica esperamos poder realizar otro viaje de las mismas características que éste.

